

cielo despejado. Pensé en mi tío y en los cuatro hombres. A mí me gustaba Pascual y a Liliana también. Como yo me había dado cuenta, pensé que era mejor dejárselo a ella. Yo no pensaba casarme ni en tener hijos. Yo lo que quería era buscar a los matones de mi tío y quemarlos. En cambio, Liliana era dulce, era como mi mamá, quería tener hijos y ganado. Ah, y una casa grande, eso decía.

Pascual sacó las frunas, estaban mojas. Él se comió una y a nosotras nos dio de a dos. Ya era tarde y seguramente nos iban a regañar.

Cuando llegamos a la casa, la mamá de Pascual estaba afuera, se veía rara. Era una mirada que yo había visto antes. Se vino caminando hacia nosotros mientras regañaba a Pascual desde lejos, pero no se

le entendía bien lo que decía. Pascual soltó la mano de Liliana. Todos nos separamos como si no fuéramos tan amigos.

—¡Pascual, vaya, se baña y se pone el traje negro!

Nos miramos los tres. Pascual se fue con su madre, pero nos miraba mientras se alejaba. Otra vez recordé el entierro de la lagartija, estaría debajo de la tierra para siempre. Me dieron ganas de llorar, pero apreté los ojos.

Nos quedamos afuera con Liliana haciéndonos las trenzas para que no nos regañaran.

Salió mi mamá, con el rostro hinchado y pálido.

—Alístense, niñas. Mataron a su papá cerca del río. ■■

María

Jeraldín Valero

Estudiante de Creación Literaria, Universidad Central.

Hoy tuve que levantarme más temprano, aún no acabo de redactar el artículo de este domingo. Me amarga pensar que hace quince años publiqué un célebre libro que arrasó en ventas y me llevó a la cima en menos de dos meses, pero también me dejó caer en menos de nada. Ahora hago artículos sobre amas de casa con microempresas de tejidos para un periódico de quinta. “Así es esto”, dice mi editor en el periódico. “Un día eres la estrella que más brilla y al otro ya te convertiste en polvo estelar”.

Es aún más deprimente que eso lo diga el hombre más mediocre del mundo. Estoy seguro de que ni siquiera ha escrito algo respetable, consiguió el puesto porque

es familiar del dueño. Por eso, debo salir de ahí, acabar el libro en el que llevo trabajando desde hace un año y alejarme por completo de ese pobre periódico. Sin embargo, no sé cómo acabar: tantas ideas, tantas cosas por escribir que me hacen sentir como un niño perdido en un centro comercial, miles de opciones de distracción para escoger, pero ninguna que valga la pena en realidad. Presiento que María me puede dar la respuesta, pero hace semanas que no la veo.

Salgo y me topo con el mundo exterior, que me desagrada más que mi editor. No he desayunado ni tomado mi tinto matutino, así que todo va a ser peor. El bus no tarda mucho en pasar y, cuando subo, veo

que hay sillas disponibles. “Probablemente hoy no vaya a ser tan mal día”, pienso. Soy todo un caballero, así que, cuando ya está lleno el bus y una mujer en muletas se sube, amablemente le ofrezco mi asiento. Pero, cuando me levanto, un desagradable hombre arroja su maletín sobre la silla, empuja a la mujer y ubica su pesado cuerpo en mi antiguo asiento. La gente lo abuchea y él replica, insiste en que es también su derecho, en que ha tenido una larga jornada y está agotado. Yo decido bajarme del bus. La verdad, no me interesa en lo más mínimo la historia que ahí prosiga.

Ya dije que es muy temprano, pero no mencioné que es sábado, los días del señor para mí. Así que estar fuera de la cama antes de las ocho treinta hoy no puede más que ser una humillación para mi cuerpo. La recepcionista pregunta por mi agenda del día. Como raro, su gran curiosidad me irrita, vieja chismosa, no me agrada para nada.

—¿Va a salir hoy, señor Oran?

Hay muchas cosas que me impacientan. Pero, en realidad, la que más me enoja es que pronuncien mal mi apellido. Mi padre era irlandés. Por eso, Horan para algunos suena complicado, pero no es del otro mundo. No es “Oran”. Tiene una hache al comienzo, lo que hace que se pronuncie como si fuera una jota “Joran”. Me molesta, me molesta tanto esta mujer que me conoce hace ya diez años y aún no pronuncia bien mi apellido. Y sí que la he corregido.

—No mucho, supongo que saldré a tomar unos tragos y ya —respondo con una sonrisa fingida—. ¿Ha recibido algo para mí?

—No señor, nada por ahora.

—Bueno, gracias.

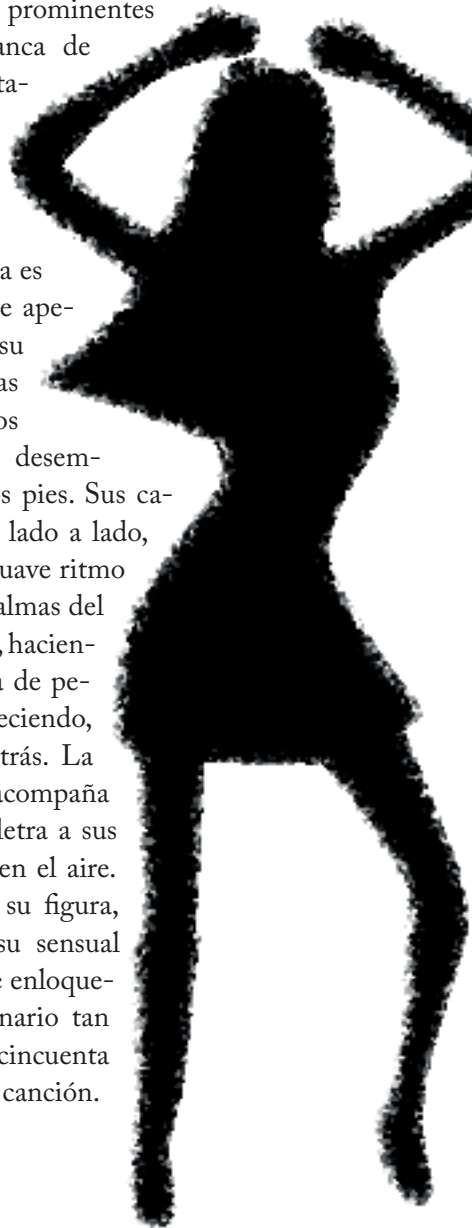
—Que tenga buen día, señor Oran.

Sin embargo, cuando llego a mi cubículo, sobre el escritorio hay una carta. Maldita vieja, me mintió. La tomo de inmediato y noto que es de María. “Hace se-

manas que no nos vemos. Voy a estar en el bar de siempre, esta noche hay un concurso de baile, ¿puedes creerlo? Tengo que ganar. Nos vemos allá, te estaré esperando”. Un sobre excesivo para tan pequeño mensaje, típico en ella. Pero tengo que ir a ese bar, tengo que acabar el estúpido artículo y estar allá en la noche. Es temprano, obviamente lo voy a lograr.

Son las ocho de la noche y salgo disparado del periódico, tomo un taxi y en veinte minutos me deja en la puerta del bar.

Se ve hermosa, ese top negro se ajusta perfectamente a sus prominentes pechos. La falda blanca de folclor se ciñe perfectamente a su cintura, el elástico reposa justo debajo de su redondo y llamativo ombligo. La caída de la falda es como una cascada que apenas moja las rocas a su alrededor, la tela apenas roza sus maravillosos muslos y cae hasta desembocar en unos blancos pies. Sus caderas primero van de lado a lado, sincronizadas con el suave ritmo de los tambores, las palmas del público la acompañan, haciendo que su entrada sea de película. El ritmo va creciendo, y ella no se queda atrás. La voz masculina que acompaña la canción, acopla la letra a sus pies, que ya flotaban en el aire. Ni la guitarra iguala su figura, incluso le otorga a su sensual cuerpo una magia que enloquece. Arrasa en el escenario tan solo en los primeros cincuenta y siete segundos de la canción.



En el primer coro, encanta al público, como si tuviera el poder de arreglarles sus problemas con tan solo bailar. Sus brazos, arriba y abajo, de un lado al otro, parecen imitar el vuelo majestuoso de una imponente águila. Su pecho, que marca correctamente el ritmo de la canción, no se desubica, no se pierde nunca. Sin lugar a duda, lo más impresionante son sus caderas. Es una delicia verla moverlas en todo lugar. Sus pies, que apenas rozan el piso, rompen la gravedad y bailan sobre la luz.

Para la segunda estrofa sus pasos se fragmentan, mueve desde el dedo gordo del pie hasta la cabeza en movimientos quebrantados. El cantante desciende de la tarima y posa la mano sobre su delicada cintura. La atrae hacia sí y sus caderas se juntan de tal forma que ni el aire puede correr en medio de los dos cuerpos. Se mueven juntos por el espacio, él canta y ella se deja envolver bajo su imponente cuerpo. Por fin la suelta y se pierde entre la multitud, pero su voz sigue. Ella necesita un final único, deslumbrante.

Apoya una mano en el suelo y la otra la deja en el aire. El pie de la mano en el suelo se pega a este y el otro se eleva en punta y se lleva así su cuerpo con él en un giro que debe dejarla de pie. La pelvis, en un pulcro arco, pasa su delicado cuerpo al otro lado y consigue su objetivo. Esto le da el impulso para mandarse en media luna y caer en el centro del escenario, donde salta haciendo un *spagat* en el aire.

Todo eso lo hizo tan rápido que para cualquiera sería imperceptible la división de cada paso, pero yo la conozco bien y sé predecir sus finos movimientos al bailar. El cantante aparece de nuevo para terminar el baile con ella, la toma de la cintura y la sube a sus hombros, luego estira los brazos con ella en sus manos. Y María, esplendorosa, hace una figura en lo alto, sonriendo, convencida de su victoria.

Preciso la pierdo de vista cuando decido invitarla a tomar algo. Me acerco al cantante y le pregunto por ella, pero no tiene idea de dónde está, incluso, parece que ni sabe de quién le hablo. Maldita sea, nadie es capaz de darme razón. Pero cuando estoy por darme por vencido, distingo el vestido púrpura que suele usar, ama ese vestido, nunca la he visto salir a la calle con otra prenda que no sea ese vestido. “¿Y por qué no vivir en nuestros sueños?”, me dijo la primera vez que nos encontramos. Eso me dio esperanzas de vivir en ella. Sigo la mancha púrpura y me conduce hasta la puerta del bar. Una vez en la calle, le digo:

—¿Por qué me haces venir hasta acá y sales corriendo?

No hay respuesta. Pensándolo bien, no recuerdo la voz de María. Solo me habló una vez y fue cuando nos conocimos. Desde ese entonces solo me escribe. Creo que ha perdido la voz.

Sus ojos color miel penetran hasta lo más profundo de mi alma, me escudriñan y me hacen temblar. Estoy seguro de que puede leerme la mente. Mis manos sudan y mis piernas se debilitan, pero mi sexo se excita, la quiero para mí y la quiero ya. La tomo del brazo y la llevo casi a rastras hasta mi apartamento, por suerte vivo cerca del bar. Le ofrezco agua, pero no quiere, no deja de mirarme, ahora noto un destello de deseo en sus ojos. Se deja caer en el sofá y delicadamente se quita los zapatos, me gustaría que dijera algo.

—María, di algo, por favor. Necesito recordar cómo es tu voz.

Le ruego, pero no hay respuesta. Bueno, sí la hay, su respuesta es desnudarse. Me da rabia que piense que solo la veo como un objeto sexual. Yo quiero a María, en serio la quiero, ¿qué es lo que no entiende de eso? La rabia me invade ahora. La levanto del sofá y la llevo alzada hasta el cuarto, donde mando a volar mis pantalones y la pene-

tro salvajemente. Soy consciente de que le hago daño, pero ella no parece sentir nada, su expresión es de felicidad, de placer. Le doy papel y lápiz, que se niega a recibir, se niega a comunicarme lo que piensa o lo que siente. María, ay, no sabes qué tanto me haces sufrir.

No quiero mirarla, le doy la espalda. Sé que ella me observa y me enoja, me enoja de una manera inhumana.

—No entiendo por qué tu cuerpo esta acá, pero en realidad tú no estás. Me pregunto por qué las personas se enamoran, se casan, tienen hijos y son felices viviendo el amor. Viven perdidos en los modelos de

amor que la sociedad cree aceptables. Pero, ¿sabes?, ya no quiero tener esa clase de vida. Tú no me sirves para nada de eso y yo me cansé de imaginarte así.

Me siento ante mi máquina de escribir y empiezo con el último capítulo de mi libro. Dejando la presencia de María en la cama, la admiro por última vez, fotografío mentalmente su anatomía y acabo con ella. Por cada frase que escribo, una parte de ella desaparece, se esfuma. Sus ojos siguen en mi cama, penetran en mi alma y leen mi mente, estoy seguro. Quizá deba darle una nueva oportunidad. Pero, tal vez, María deba irse. ■■

El devastador mundo ajeno

Gabriela Melo

Estudiante de Creación Literaria, Universidad Central.

Esa tarde había sido quizá la segunda o tercera más fría de todo el año. Carmen solía creer, con todo su sentido de convicción infalible, que la muerte de los niños enfermaba al clima. Pensó, mientras los demás rezaban el rosario, que el cielo plomizo y denso encima de su cabeza parecía querer precipitarse. La mamá de Tomás había dicho que durante toda la semana caería un aguacero: de día y de noche. Y ella se preguntó, con una preocupación pueril, si no tendría que construir una barca y subir a una pareja de cada especie para resguardarse de un nuevo diluvio universal.

Miró en torno suyo, quizá por enésima vez, a las personas que velaban al recién fallecido. Y, de nuevo, se aventuró a imitar la rapidez inverosímil con la que

movían sus labios. Pero, al cabo de un par de intentos, concluyó que rezar algo que ni ella misma entendía era absurdo, que incluso toda la situación del velorio resultaba absurda.

A lo lejos, el tañer de las campanas de la iglesia la desorientó. Pensó que su ruido tintineante era demasiado fuerte para sus oídos, pero resistió la tentación de meter la cabeza entre sus rodillas; pues, aunque se escondiera entre las cuevas de los confines del mundo, daba por seguro que sus pies seguirían sintiendo las vibraciones de las campanadas, e incluso su errático pulso seguiría sobresaliendo bajo la piel al ritmo de los ecos distantes.

Bajó la cabeza e intentó concentrarse en sus propias oraciones, para verse envuel-